

LOS REPUBLICANOS E ISABEL II: EL MITO DEL TRONO CONTRA EL PUEBLO (1854-1931)

Jorge Vilches

La cultura política republicana española se construyó entorno a ideas, sentimientos y esperanzas, que conformaban una identidad propia, y que suponían una actitud hacia la vida política tanto como un determinado comportamiento público y privado. Era una manera particular de interpretar la historia y la vida política, un esquema explicativo del mundo que le rodeaba, un sentimiento identitario y de solidaridad, con unos valores morales y principios propios. En el clásico esquema de Almond y Verba, la cultura política, en sus distintos niveles cognitivo, afectivo y evaluativo, proporcionaba al individuo un conocimiento de la vida política y social que interiorizaba de forma inconsciente. Los elementos de la cultura política son, en gran parte, representaciones, imágenes, símbolos o mitos. Y las ideas, ilusiones y afectos de la cultura política republicana del ochocientos se generaron por imágenes y mitos políticos. Eran representaciones que evocaban todo un decálogo de principios y una conducta a seguir. El estudio de esas representaciones, en tanto a sus creadores, contenido, medio de transmisión, recepción, evolución y consecuencias es de gran relevancia para analizar la cultura política republicana¹.

¹ . Sobre la cultura republicana véase José Álvarez Junco, “Los amantes de la libertad’. La cultura republicana española a principios del siglo XX”, en N. Townson, *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, pp. 265-292; Demetrio Castro Alfin, “La cultura política y la subcultura política del republicanismo español”, en J. L. Casas Sánchez y F. Durán Alcalá (coords.), *El republicanismo en la historia de Andalucía*, Priego de Córdoba, 2001, pp. 15-34; Ángel Duarte y Pere Gabriel, “¿Una sola cultura republicana ochocentista en España?”, *Ayer*, 39, 2000, pp. 11-34; Román Miguel González, “Las culturas políticas del republicanismo histórico español”, *Ayer*, 53, 2004, pp. 207-236; y Manuel Suárez Cortina, “Entre la barricada y el parlamento. La cultura republicana en la Restauración”, en M. Suárez Cortina (ed.), *La cultura española de la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 499-523.

Los mitos políticos son representaciones colectivas constitutivas de una cultura política; en este caso, el personaje de Isabel II como encarnación del Trono, en la cultura política republicana. El mito es una construcción imaginaria que genera sentimientos, expectativas, ideas, solidaridades e identidades; pero también odios y censuras. Su objetivo es la creación o mantenimiento de un estado de opinión, la consecución de una legitimidad o la argumentación de un proyecto político. Pertenecen al campo de la irracionalidad, de la fe política, de lo sentimental – “resortes afectivos” los llamó Carlos Serrano-; y es ahí donde radica su fuerza y capacidad de movilización. Esto ha hecho que sean utilizados políticamente; porque lo que distingue al mito contemporáneo del clásico, como indicó Cassirer, es que no surgen libremente, sino que son creados con una intencionalidad política².

Los republicanos españoles crearon su propia mitología política, todo un sistema de representaciones que les proporcionaba una vía más sencilla de llegar a las capas bajas de la sociedad, su teórica base social. Uno de esos mitos fue el del Trono contra el pueblo; es decir, que las ideas, hábitos, sentimientos y valores que animaban a la Corona eran contrarios a los del pueblo. Se trataba de mostrar, a grandes rasgos, que el Trono se movía por ideas absolutistas, con hábitos corruptos, sentimientos egoístas y valores inmorales. Esta descripción pretendía alimentar sentimientos antimonárquicos y, como consecuencia, amantes de la República, a la que se presentaba como el verdadero gobierno del pueblo, honesto, altruista y moral. El pueblo español tenía una forma de gobierno, la monárquica, que no le correspondía por sus ideas, sentimientos y valores, lo que

² . Sobre los mitos políticos contemporáneos, véanse Erns Cassirer, *El mito del Estado*, FCE, México, 1968 (1ª ed. 1946); A. Rezler, *Mitos políticos contemporáneos*, FCE, México, 1984; R. Girardet, *Mythes et mythologies politiques*, Paris, Éditions du Seuil, 1986; J. Álvarez Junco, “Magia y ética en la retórica política”, en J. Álvarez Junco (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 219-270; C. Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos, nación*. Madrid, Taurus, 1999 (cita en p. 17).

generaba inestabilidad política, corrupción y un atraso respecto al resto de Europa.

El mito del Trono contra el pueblo lo ejemplificaron los republicanos españoles en la persona y el reinado de Isabel II³. La propagación, por tanto, de una imagen negativa de la reina tanto en lo público como en lo privado confirmaba el mito, y se trabajaba, así, por la República. La vida de Isabel II y de su entorno, así como los problemas de su reinado, proporcionaron elementos para la construcción del mito⁴. Los republicanos utilizaron la imagen de Isabel II –más incluso que la de Fernando VII⁵–, con esa intención política, desde 1854 hasta 1931. El objetivo de este trabajo es, por tanto, analizar y narrar la creación, el contenido y la utilización de dicha imagen para la formación del mito del Trono contra el pueblo.

España es el pueblo, no el Trono

La revolución de 1854 supuso un cambio decisivo respecto a las anteriores. En aquella ocasión el nombre de Isabel II no formó parte de los eslóganes regeneradores, ni fue ligado con la libertad o con un porvenir más halagüeño. Las proclamas, manifiestos, lemas y gritos callejeros dieron un mensaje claro: el protagonista de la revolución era el pueblo⁶. La mera

³ . José Antonio Piqueras señala que los republicanos decimonónicos españoles recurrieron a la Historia de España para encontrar “argumentos de legitimidad a la deslegitimación popular de la monarquía”. J. A. Piqueras, “Detrás de la política. República y federación en el proceso revolucionario español”, en J. A. Piqueras y M. Chust, *Repúblicas y republicanos en España, Siglo XXI*, Madrid, 1996, pp. 1-44.

⁴ . Rafael Villena Espinosa estudia esta cuestión, pero sólo hasta 1868, en “El espejo invertido: los republicanos e Isabel II”, Juan Sisinio Pérez Garzón (ed.), *Isabel II. Los espejos de la reina*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2004, pp. 157-176.

⁵ . Para la opinión liberal sobre el rey, véase Manuel Moreno Alonso, “La ‘fabricación’ de Fernando VII”, *Ayer*, 41, 2001, pp. 17-41, basado en la obra de Peter Burke, *La fabricación de Luis XIV* (1992).

⁶ . A este respecto son interesantes los trabajos de Juan Francisco Fuentes, “La invención del pueblo. El mito del pueblo en el siglo XIX español”, *Claves de Razón Práctica*, 103, 2000, pp. 60-64; y J. Álvarez Junco, “En torno al concepto de

defensa de una Isabel II sentada en el Trono dejó de ser un objetivo, y se pusieron condiciones a su continuidad: comportamiento constitucional y alejamiento de camarillas. Aquellos revolucionarios, los moderados puritanos de O'Donnell y Ríos Rosas, así como los progresistas de Espartero y San Miguel, sostuvieron la idea de un Trono constitucional, representante de la moralidad y la libertad. Y en los primeros momentos de la revolución recluyeron a Isabel II, pues temían reacciones adversas a su persona en la calle, y la hicieron firmar un manifiesto de disculpa a los españoles. Se trataba de reconciliar al pueblo con la Corona, y que los españoles perdonaran la “serie de lamentables equivocaciones”, según decía aquel escrito.

Los republicanos no quedaron conformes. Crearon un discurso que contraponía el Trono al pueblo. Fernando Garrido, republicano y socialista, publicó un folleto con este título, *El pueblo y el Trono* (1854). La comparación que hacía Garrido entre el Trono y el pueblo era política, pero también moral. En los españoles, a diferencia de la Corona, residía cuanto de bueno y provechoso existía: valentía, honor, entrega, ansia de libertad e independencia. Era una incompatibilidad que enfrentaba a ambos en un plano de desigualdad, porque, como escribió Cristino Martos, otro republicano, “si Isabel tenía en el trono alguna significación era la de representante viva de la libertad, por cuyos fueros, encarnados en ella, se había lidiado siete años contra los ejércitos de D. Carlos: no había sido ciertamente la idea de la legitimidad la que había llevado al combate a millares de ciudadanos, [...]. No se había combatido por Isabel, sino en cuanto era personificación de la libertad. Por esto el pueblo, que no concebía sino a Isabel liberal, se irritaba contra Isabel absoluta”⁷.

‘pueblo’. De las diversas encarnaciones de la colectividad como sujeto político en la cultura política española contemporánea”, *Historia contemporánea*, 28, 2004 (I), pp. 83-94.

⁷. Cristino Martos, *La revolución de julio en 1854*, Madrid, A. Santa Coloma, 1854, p. X.

El pueblo y su soberanía eran para los republicanos sinónimos de libertad y progreso, mientras que al Trono le proporcionaban la imagen de institución antiliberal y retardataria. Se trataba de un modelo interpretativo de la historia española: la libertad había sido conquistada por el pueblo arrebatándosela a los reyes. De esta manera, solo cuando el Trono “se ha visto vencido, humillado ante revoluciones indomables, entonces, sólo entonces, se ha acordado de clamar Libertad y reformas”⁸.

Isabel II, su corte, las camarillas de María Cristina y Francisco de Asís eran los elementos imprescindibles para ilustrar las teorías y el modelo interpretativo republicano. La reina había perdido toda su autoridad porque había permitido la involución de Bravo Murillo en 1852, y la represión, la corrupción y el manejo de las camarillas. Los republicanos centraron sus críticas entonces en María Cristina, la reina madre, como antes de la revolución habían hecho los moderados puritanos con su emblemático periódico clandestino *El Murciélagu*. La reina madre era la gran culpable. Su camarilla había dominado a Isabel II, manejado la vida en Palacio, nombrado y cesado ministerios. La imagen de la “camarilla” les servía a los republicanos para mostrar que aquel sistema era el propio de las Monarquías, de formas de gobierno en las que el poder ejecutivo escapaba del control del pueblo y se convertía en el polo de atracción de interesados y corruptos. Los males que padecía la nación procedían de este sistema espurio ajeno a las necesidades del pueblo. Para recrear este mensaje político, los republicanos propagaron la imagen de una Isabel II manejada por camarillas, en una corte inmoral, donde los clamores de la nación eran “ahogados por el ruido de las orgías”. En consecuencia, la reina, por el bien del pueblo, no podía seguir empuñando un cetro “sin autoridad ni prestigio”⁹.

⁸ . Fernando Garrido, *El pueblo y el Trono*, Madrid, Imp. de Tomás Nuñez Amor, 1854, p. 9.

⁹ . C. Martos, *op. cit*, p. 35; y F. Garrido, *op. cit.*, p. 15

A la degradación del Trono le seguía la exaltación del pueblo, de aquel pueblo que había padecido “¡Once años! Once años de desorden, de despilfarro, de anarquía y de inmoralidad”¹⁰. Pi y Margall publicó una hoja volante titulada *El Eco de la Revolución*, que fue retirada el mismo día que salió por su tono radical. En ella hacía una exaltación del pueblo revolucionario, que había “roto al fin con noble y fiero orgullo [s]us cadenas”. El pueblo no debía el triunfo a nadie, sólo a “[s]us propias fuerzas, a [s]u patriotismo, a [s]u arrojo”. Los enemigos, en cambio, estaban “rotos, avergonzados, encerrados en sus castillos temiendo justamente que te vengues de su perfidia, de sus traiciones, de su infame alevosía”¹¹. Era una exaltación del pueblo como actor político, pero también una incitación a continuar de forma violenta, y vengativa, la revolución. Este tono violento fue el que motivó la retirada de la hoja, y el que muchos liberales se apartaran del republicanismo.

Los republicanos siguieron la creación del mito, con ocasión de la declaración parlamentaria del 30 de noviembre de 1854. Se preparó durante una semana una proposición parlamentaria para que constara que la legitimidad de Isabel II y su dinastía estaba en su papel constitucional, otorgado por las Cortes en representación de la soberanía nacional. San Miguel la defendió aludiendo a la irresponsabilidad de la reina en los actos de corrupción. De sus palabras se desprendía la necesidad de salvar la imagen privada y pública de Isabel II para que siguiera siendo la Corona de la Monarquía constitucional, fuera de la cual “no hay más que ruinas”. Este régimen era el que más unía a los españoles, porque el Trono, decía San Miguel, actuaba como centro permanente de la alternancia de los partidos. Con

¹⁰ . Victoriano García de la Torre, *El pueblo y los gobiernos en España, o sea su pasado, su presente y su porvenir*, Madrid, Joaquín René 1854, p. 3.

¹¹ . I. A. Bermejo, *Alzamiento popular de 1854: que comprende la cuestión de ferro-carriles hasta la entrada del Duque de la Victoria en Madrid, y disposiciones posteriores*, Madrid, Mellado, 1854, p. 118.

esta forma de gobierno, concluyó, cabía cualquier progreso legislativo, económico, administrativo y político. La imagen de la reina era entonces de suma importancia para dotar de solidez al nuevo edificio constitucional que se pretendía construir.

El demócrata José María Orense protestó. En España, dijo, no había reina desde la revolución de julio. Todo el poder estaba en el pueblo, y suya era la soberanía. El diputado progresista Fernando Corradi, director de *El Clamor Público*, propuso que se votara una resolución que definiera la forma de gobierno como un “Trono rodeado de instituciones populares”, con la dinastía de Isabel II. La enmienda fue retirada porque la aceptó el también progresista Patricio de la Escosura, miembro de la comisión constitucional. Escosura recordó que Isabel II sólo podía actuar siguiendo su papel constitucional, pues de otra manera comprometería su Corona. Su legitimidad estaba en la voluntad nacional expresada en las Constituciones, en el “derecho ganado en la guerra civil, y hasta en el derecho divino para quien crea en él”. Era una legitimidad divina y de guerra, a la que se sumaba la otorgada por el consentimiento nacional. La popularidad de la reina y de la Monarquía parecía fuerte, tanto que Prim, a su vuelta de Crimea, dio un manifiesto expresando que en España “convenía una monarquía con formas republicanas, y eso me ha costado no haber salido diputado en las primeras elecciones [de 1854] y haberme costado mucho trabajo que me elijan en segundas”¹².

La prensa se tomó de tres formas el referendo parlamentario de Isabel II en nombre de la soberanía nacional. Los absolutistas, como *La Regeneración* y *El Católico*, guardaron silencio. Los demócratas *El Tribuno*, *Adelante* y *La Soberanía Nacional* lo criticaron. Este último decía que la monarquía había recibido un golpe casi de muerte, pues al ser sometida a votación había perdido “su origen tradicional,

¹² . *Diario de Sesiones de Cortes Constituyentes*, núm. 23, 30 noviembre 1854, pp. 219-242

su carácter inviolable, sus derechos hereditarios, su divina ejecutoria, sus viejos pergaminos, su prestigio histórico, su alma, su vida, todo”. La Monarquía, “oriunda del cielo”, quedaba en manos de las intrigas, luchas e intereses de los partidos. “De hoy en más –decía-, la Monarquía vive por la gracia de *una votación*” y, por tanto, su vida “quedó suspensa del hilo tenue de la elección”.

Adelante, también demócrata, reseñaba que en la sesión de Cortes la soberanía nacional se puso a los pies del Trono. El discurso oficial de la imagen liberal y nacional de Isabel II se ponía al descubierto: “En cuanto a la dinastía oímos las razones de siempre. Que la revolución la ha respetado; que doña Isabel II es reina de hecho; que en todas partes ha sido obedecida; que en la última guerra civil todos la hemos aclamado; que su causa está unida a la de la libertad, y que sin ella la libertad no puede existir. Nada se dijo del golpe de Estado de Bravo Murillo, ni de otros actos de estos últimos años”. Los Borbones eran el problema, venía a decir *El Tribuno* repitiendo las palabras de Orense en las Cortes: “Fernando VII había ahogado la libertad, [...] Isabel II, sorda a los quejidos del pueblo, había lastimado por espacio de once años los derechos del pueblo, y que sólo envuelta en el estampido del cañón había llegado la verdad a su palacio”¹³. A finales de 1854, los republicanos ya habían puesto en circulación, de forma ordenada y consciente, el mito del Trono contra el pueblo.

Las imágenes antimonárquicas

Los republicanos habían unido la primera pieza del mito del Trono contra el pueblo, basado en la contraposición del ansia popular por la libertad con la “natural tendencia” de la Corona al absolutismo. La imagen de unas camarillas dirigiendo la voluntad de la reina, reforzaba esa idea. A esto se le unía la profusa circulación de las anécdotas sobre la vida

¹³ . *La Soberanía Nacional, Adelante y El Tribuno*, 1 diciembre 1854

adúltera de la Reina. Las decisiones políticas del Trono quedaban desautorizadas con la sola mención de las camarillas. Apareció entonces la imagen de una Isabel II más preocupada por su vida íntima que por los problemas del pueblo. Sin embargo, el nacimiento del príncipe Alfonso, en noviembre de 1857, –al fin un varón- fue recibido con alborozo espontáneo en toda España. Y eso que habían corrido el rumor sobre la paternidad de Puigmoltó. De hecho, tan sólo un periódico menor, *El Parlamento*, aludía en su felicitación a “nuestros augustos monarcas”; es decir, incluía al rey. *La Discusión*, órgano demócrata, se limitó a dar la noticia del alumbramiento incluyendo la nota oficial dada por la *Gaceta de Madrid*. *El Clamor Público*, progresista templado, sólo recalcó la importancia de que fuera un varón para dar la “última paletada de tierra” al carlismo. Y *La Iberia*, órgano del progresismo puro, incluyó en su gacetilla del 29 de noviembre una poesía satírica equiparando el reemplazo militar con el alumbramiento del príncipe, para sostener que de nada servía.

El gobierno O'Donnell emprendió en 1858 una campaña de viajes de Isabel II por provincias, con el ánimo de que aumentara la popularidad de la reina¹⁴. Prepararon recepciones multitudinarias, con gestos medidos para que se viera una Isabel caritativa y campechana, y planearon visitas en las que la monarca pudiera mostrar un indudable interés por la ciencia, el progreso y la variedad cultural del país. La Guerra de África, entre 1859 y 1860, reforzó también la imagen positiva de la reina, “madre de los españoles”, aliada con su pueblo en la lucha por la dignidad e independencia nacionales. De hecho, la entrada de la reina en Barcelona, en septiembre de 1860, fue la más multitudinaria y espontánea de cuantas hubo. El periódico progresista barcelonés *La Corona* relataba que a los representantes de los cuatro

¹⁴ . Véase a este respecto el trabajo de Bernardo Riego, “Imágenes fotográficas y estrategias de opinión pública: los viajes de la Reina Isabel II por España (1858-1866)”, *Reales Sitios. Revista del Patrimonio Nacional*, año XXXVI, núm. 139, 1999, pp. 2-15.

distritos de Barcelona, cada uno con la “bandera nacional y una banda de música”, se les unió en la marcha hasta el alojamiento de los reyes un “inmenso gentío”, una reunión “ajena a toda indicación oficial, [...] verdaderamente hija de los sentimientos del pueblo”. Isabel II salió al balcón tocada con la Corona Condal, que “simboliza la resurrección de las libertades patrias y que a más de corresponderle como heredera de cien reyes, le ha afirmado en sus sienes la nunca desmentida hidalguía española, con la sangre de millares de héroes muertos en mil gloriosos combates”¹⁵. La estrategia de O’Donnell tuvo el efecto de contrarrestar la imagen negativa de la reina y, con ello, los mensajes que progresistas y republicanos enviaban sobre el Trono.

El final del gobierno largo de O’Donnell, en 1863, fue también el término del reinado feliz. Las luchas entre los partidos, que todo lo dejaban a la designación regia, introdujeron otra vez la figura de la reina en el combate político. Periódicos como el unionista *El Diario Español* o los progresistas *La Iberia* y *Las Novedades* deslizaron artículos de opinión y gacetillas en este sentido. El republicanismo, en cambio, se encontraba inmerso en un debate distinto: la naturaleza de la democracia. No es este el lugar para relatar las diferencias entre socialistas e individualistas, ni analizar los debates y sus consecuencias partidistas y de estrategia política¹⁶.

El 3 de diciembre de 1864 nació el periódico satírico republicano *Gil Blas*, que revolucionó el periodismo por su estilo y calidad. Dirigido por Luis Rivera, contó con escritores de enorme talla como Manuel del Palacio, Eusebio Blasco, Roberto Robert y Federico Balart. Incluía caricaturas interiores de una y dos páginas, que servían para transmitir

¹⁵ . *La Corona*, 24 septiembre 1860.

¹⁶ . Para esta cuestión véase el trabajo de Demetrio Castro Alfin, “Unidos en la adversidad, unidos en la discordia: el Partido Demócrata, 1849-1868”, N. Townson, *El republicanismo en España (1830-1977)*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 59-85. He tratado este tema en *Emilio Castelar. La patria y la república*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, cap. 2.

el mensaje político a una población mayoritariamente analfabeta. Para ello contó con dibujantes como Francisco Ortego, el más famoso caricaturista del momento, Pellicer, Llovera o los hermanos Perea¹⁷. Las diatribas contra Isabel II, la camarilla, los moderados y los unionistas eran la temática del periódico. Los amantes de la reina, especialmente Tenorio, Obregón y Marfori eran personajes corrientes de sus chistes. El rey consorte, Francisco de Asís, era llamado siempre “Paquita”, sobre el que se hacían juegos de palabras en alusión a su supuesta homosexualidad. El *Gil Blas* contribuyó como ningún otro periódico a popularizar la imagen de una Corona cuyos valores morales distaban mucho de ser los altos principios que guiaban al pueblo. El objetivo era mostrar un divorcio completo entre el Trono y los españoles. A partir de entonces, y como consecuencia del retraimiento parlamentario, la creación y difusión de las imágenes políticas se hizo fundamentalmente en la prensa.

La imagen era la de una reina que, gustosamente, estaba a merced de su amante y de una camarilla antiliberal. En 1864 le quedó claro a la opinión pública que el Trono estaba en manos de una camarilla teocrática, que la oposición encarnaba en sor Patrocinio, monseñor Claret y el favorito de turno. La prensa republicana, especialmente el *Gil Blas*, y la progresista convirtieron a aquellas personas en personajes de chistes y coplas. La reina, ensimismada en placeres carnales, aparecía indiferente a la situación de su pueblo. A esta imagen de reina egoísta, ociosa y despreocupada, le añadieron dos denuncias: el enriquecimiento ilegal, conseguido a partir del artículo “El rasgo”, y la ingratitude, mostrada a través de la crueldad consentida la noche de San Daniel de abril de 1865.

El administrador de la Casa Real, Francisco Goicoerrotea, le presentó a Isabel II un proyecto para desamortizar parte del

¹⁷ . José Antonio Llera Ruiz, “Una historia abreviada de la prensa satírica en España: desde *El Duende Crítico de Madrid* hasta *Gedeón*”, *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 2003, 9, pp. 203-214.

Patrimonio Real, con lo que paliar el malestar de la Hacienda y no tener que pedir en Cortes un anticipo. Goicoerrotea le propuso, además, que se reservara el 25% del producto de la venta para los gastos de la Casa Real. El gesto de la reina era bueno, popular, pero la reserva de ese tanto por ciento fue un error muy grave que convirtió “el rasgo” en “el negocio de la reina”. La prensa gubernamental, como *El León Español*, *La Política*, *El Reino* o *La Época*, iniciaron una campaña para elogiar el gesto de la reina. La de la oposición criticó la desamortización del Patrimonio Real y hablaron del “negocio” de Palacio.

Las críticas fueron, en un primer momento, por la mala gestión económica del gobierno moderado. Emilio Castelar publicó en este sentido, en *La Democracia*, el artículo “¿De quién es el patrimonio real?”. Sin censurar los “actos del poder inviolable”, Castelar decía que los ministros se aprovechaban de la reina para arreglar la situación financiera del país. *La Discusión* se manifestó en otro sentido: era un “desprendimiento” muy “lucrativo” para la reina. *El Pueblo*, del republicano Eugenio García Ruiz, denunció que la reina hacía un “buen negocio” al quitar “lo que a la nación pertenece”. La prensa progresista fue más dura. *Las Novedades* aseguraba que el 25% serviría únicamente para pagar “gastos particulares” de la Familia Real¹⁸.

La denuncia cobró verosimilitud cuando Alejandro Castro, nuevo ministro de Hacienda, aseguró el 24 de febrero que no iba a retirar el adelanto. Al día siguiente, Castelar publicó en *La Democracia* el artículo “El rasgo”. Aquel escrito decía que los ministros, “ineptos y corrompidos”, convertían el patrimonio real en “asunto de sus cábalas, alimento de sus intrigas, pedestal de su poder maldito”. La reina estaba siendo utilizada, decía, como un “escudo” contra “la justa cólera del pueblo”. El escrito no aludía directamente a Isabel II, a la que parecía exculpar, pero su repercusión fue muy

¹⁸ . *La Discusión*, 22 febrero; *El Pueblo*, 21 y 22 febrero; *Las Novedades*, 21 febrero.

grande. Se convirtió en el símbolo de la denuncia de la corrupción que rodeaba a una reina que lo consentía, sin interesarse verdaderamente por paliar la mala situación económica del pueblo. Hasta aquel mes de febrero de 1865, la crítica popular a la reina se ceñía a su vida privada, pero que parecía justificarse por el matrimonio forzado con Francisco de Asís, al que popularmente se tenía por homosexual, impotente o “poco hombre”. La corrupción quedaba en el imaginario popular para la reina madre María Cristina y su entorno, pero el asunto de “El rasgo” situó a Isabel II al mismo nivel que a los corruptos que se enriquecían “a costa del pueblo”. Los republicanos utilizaron aquello para reforzar la idea de que la Monarquía era un régimen corrupto e inmoral, que venía a demostrarse por aquel episodio.

La imagen de la reina cruel, último eslabón del mito del Trono contra el pueblo, lo construyeron los republicanos entre abril de 1865 y junio de 1866. La Monarquía debía aparecer como una forma de gobierno alejada de las preocupaciones y sentimientos de los españoles. La represión del 10 de abril de 1865, conocida como “la noche de San Daniel”, y los fusilamientos de los sargentos implicados en el levantamiento del cuartel de San Gil, el 22 de junio de 1866, fueron utilizados para mostrar la crueldad de la reina. Isabel II no había hecho nada para impedir la matanza de transeúntes inocentes, en abril del 65, y mucho menos por lograr el perdón de los confabulados del 66. Es más, la prensa republicana decía que la reina había pedido “más sangre” para impedir la revolución. La represión excesiva, y sin censura regia, de aquellos episodios creó la imagen de la reina cruel. Era un desinterés completo por los españoles, a lo que los republicanos sumaron el que la reina no compartiera el dolor de los madrileños por la epidemia de cólera de septiembre de 1865. El *Gil Blas* decía que María Cristina, en 1834, abrió las Cortes en un Madrid diezmado por el cólera, mientras que Isabel se quedaba en La Granja: “¡1834!- ¡Qué gloria! ¡1865!- ¡Qué vergüenza!”.

A esto, la prensa republicana unió una serie de anécdotas sobre la vida de lujo que la reina y su corte llevaban en La Granja, o el baño en vinagre de los ministros, para “purificar sus cuerpos de algún miasma colérico”, cuando fueron a visitar a Isabel II¹⁹. Era la imagen de la reina ingrata, despreocupada por los problemas de su pueblo, que vivía para el placer y el lujo, entre riquezas, y encerrada con su amante y la camarilla teocrática.

La imagen de reina cruel quedó reforzada por el atropello de la muchedumbre que esperaba en Daimiel el paso del tren que la llevaba a Portugal, en diciembre de 1866. Hubo nueve muertos, y dos decenas de heridos. El tren no se detuvo a pesar de que algunos miembros de la comitiva se enteraron de la tragedia. De forma incomprensible y lamentable no informaron a Isabel II hasta que llegaron a Lisboa. Sólo a la vuelta, la reina ordenó que la expedición se detuviera para dar donativos y consolar a las víctimas. La imagen de la Corona fue terrible, y se utilizó por la oposición antidinástica. Una clandestina junta revolucionaria de Madrid publicó un manifiesto, el 1 de enero de 1867, en el que calificaba de “espantoso crimen” el accidente de Daimiel, cometido por una reina que corría “en pos de una nueva intriga o un nuevo devaneo”. Isabel II, decía el escrito, había pasado por encima de los “cráneos de los infelices impelidos a aquel sitio por el látigo de los agentes del gobierno, sin que en su alma impía encontrase la reina [...] un solo minuto de atención, consuelo y amparo”²⁰.

La censura de los gobiernos Narváez y González Bravo aumentó el celo de los republicanos para propagar el mensaje negativo sobre la Monarquía ligándolo a la trayectoria y comportamiento de Isabel II. La idea era que el Trono era una institución contraria a los intereses del pueblo, como demostraban la ingratitud y crueldad de la reina. El Trono era, además, enemigo de las ideas liberales populares, con el

¹⁹ . *Gil Blas*, 30 septiembre 1865.

²⁰ . Carmen Llorca, *Isabel II y su tiempo*, Istmo, Madrid, 1984, pp. 215-216.

apoyo a los “neocatólicos” y el falseamiento del régimen constitucional. El Trono exhibía, por otro lado, un falso catolicismo, beatuco e interesado, contrario al sentir religioso popular. Y, por último, el Trono hacía gala de valores morales innobles, el adulterio y la corrupción, muy alejados del honrado pueblo español. La imagen quedaba perfectamente preparada para que, cuando fuera derrocada Isabel II, se presentara la República como una forma más popular y moral que la Monarquía.

1868: la consolidación del mito

Tras el derrocamiento de Isabel II se dio rienda suelta a la crítica general. La prensa de todos los partidos, salvo la moderada, criticó a la reina, pero más a la Dinastía. No era ya solamente la persona de Isabel II, sino los Borbones. Los manifiestos de las juntas revolucionarias incluían casi sin excepción el lema “Abajo los Borbones”, o “Abajo la Dinastía”²¹. En las calles eran gritos, cánticos y pancartas contra la “raza espuria”, lo que se acompañaba con la destrucción de todo símbolo monárquico. El gobierno provisional eliminó toda referencia a los Borbones en los símbolos nacionales, las monedas y los sellos. La Casa Real era vista como la causa principal de todos los males que sufría España, y su sola desaparición, con aquel “Abajo lo existente” era vista como el inicio de la regeneración. Los Borbones habían retrasado al país política y económicamente, separando al pueblo español de los más avanzados de Europa. Era una corte corrupta, sanguinaria, inmoral, antiliberal e ingrata, una “dinastía de miserables y traidores”²². Las referencias a los fracasos, tradiciones y vidas inmorales de Carlos IV, María Luisa de Borbón, Fernando VII e Isabel II fueron frecuentes en la prensa. Los periódicos

²¹ . Véase la parte 1 “El 29 de Septiembre. Libertad, soberanía nacional y legitimación popular” de la obra de G. de la Fuente y R. Serrano, *La revolución gloriosa. Un ensayo de regeneración nacional (1868-1874). Antología de textos*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005, pp. 43-66.

²² . *Las Novedades*, 29 septiembre 1868.

ironizaban con el nombre: “los *borrones* de España”²³. Los españoles habían dado su sangre y su hacienda por sentar en el Trono a Isabel II durante la guerra civil, y la reina se lo había pagado con desprecio. El repudio a los Borbones se convirtió en una seña de identidad de los revolucionarios de 1868.

Los políticos y la prensa monárquica dejaron las críticas a los Borbones cuando creyeron que podían perjudicar a la institución monárquica. Así, las censuras desaparecieron a partir del manifiesto del gobierno provisional, el 12 de noviembre de 1868, a favor de la monarquía. Los republicanos no cambiaron su discurso. En sus artículos de prensa y folletos, litografías de venta callejera, incluso en las obras de teatro, había un evidente objetivo político. Los republicanos querían presentar la superioridad moral de la República denigrando la Monarquía, y para ello mostraban las indignas costumbres de Isabel II como las propias de cualquier rey. La Historia y la evolución política de España y Europa, decían, les daban la razón. Pasadas unas semanas del derrocamiento de Isabel II, la definición de su imagen negativa quedó en manos de los republicanos. Perduró así la imagen de la reina ingrata, cruel, antiliberal e inmoral, cuya vida repleta de anécdotas indignas ilustraban su desinterés por el pueblo. Construyeron así un modelo interpretativo del reinado y de la revolución liberal ligado a una imagen negativa de Isabel II y su entorno: la Monarquía y los que la habían apoyado habían sido un lastre para la libertad y el progreso del pueblo.

La campaña republicana fue muy intensa. En sus periódicos y en algún folleto se reprodujeron las coplas que se cantaban por las calles aludiendo a la vida adúltera de Isabel II y a la supuesta homosexualidad del rey consorte Francisco de Asís. Las litografías obscenas de la reina con la camarilla y algunos políticos moderados estaban “en los aparadores de algunas

²³ . *La Discusión*, 14 octubre; *El Papelito*, 15 noviembre.

tiendas y en los puestos ambulantes de fotografía”²⁴. De aquella época son los dibujos atribuidos a Valeriano y Gustado Adolfo Bécquer titulados *Los Borbones en pelota*²⁵.

Proliferaron los folletos sobre la vida privada de Isabel II, casi todos con las mismas anécdotas, como los de Rafael Gomuz, *Memorias secretas de Isabel de Borbón, por un testigo ocular*, y el de Eusebio Pereda, *La carta de un rústico español a Isabel II*. O los anónimos *Vida privada de Isabel de Borbón*; *La llave de oro del padre Claret, obispo y confesor... in partibus infidelium*, y una colección de insultos homofóbicos titulada *Misterios de Paquita*. Todos estos folletos estaban repletos de anécdotas de dudosa veracidad, pero que encajaban con la imagen de la reina del “furor uterino”, el despilfarro, la crueldad, la beatería y el latrocinio. Incluso la obesidad se mostró como una prueba del vicio y la dejadez, pero también para contraponerla a la imagen de un pueblo hambriento.

El teatro también tuvo su parte en la creación de la imagen negativa²⁶. Se resucitó la figura del regicida Merino para presentarlo como un sacrificado por la libertad de España, dedicándole una obra de teatro –que se estrenó con éxito en el Teatro Novedades de Madrid en noviembre de 1868-²⁷. Y llegó a publicarse un periódico con su nombre, cuyo primer número salió el 24 de diciembre de aquel año. También se estrenó una comedia escrita por Ramón de Torres y Rojas

²⁴ . Francisco Leal, *Defensa de S.M. la reina doña Isabel de Borbón*, Madrid, Imp. de la viuda de Martínez, 1868, pp. 4-5.

²⁵ . Realizados entre 1868 y 1870, no se tiene constancia de su publicación, lo que ha llevado a pensar que fueron exclusivamente para consumo privado; Beatriz Hernando, *Los hermanos Bécquer. Una aproximación al periodismo satírico madrileño del siglo XIX*, Biblioteca Universitaria, Madrid, 1997, p. 23. No obstante, sirven para mostrar qué tipo de litografía obscena circulaba; R. Pageard, L. Fontanella y M. D. Cabra Laredo, *SEM. Los Borbones en pelota*, El Museo Universal, 1991.

²⁶ . Sobre esta cuestión tienen interés las obras de Jesús Rubio Jiménez, *El teatro en el siglo XIX*, Madrid, Playor, 1983; y Francisca Íñiguez Barrera, *La parodia teatral en España (1868-1914)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1999.

²⁷ . *La Cosa Pública*, 28 noviembre 1868.

titulada *La corte de Isabel de Borbón con todos su consejeros*, centrada en el aspecto sexual y esperpéntico de todos ellos. Isabel II aparecía como la mujer libidinosa, Francisco de Asís como el homosexual cornudo, Marfori como el aprovechado y sor Patrocinio la monja falsa. Era la caricatura completa de la reina y de la Familia Real, una imagen que a la postre será la de *la corte de los milagros* de Valle-Inclán, y la que recogieron los republicanos del siglo XX.

La paternidad de los hijos de Isabel II no se debía al rey consorte, según la prensa. El *Gil Blas* le dedicaba una portada al asunto con una caricatura en la que se veía una interminable fila de hombres encabezada por el último favorito de Isabel II, que decía “Dinastía de los Marfori”. Manuel del Palacio, en las mismas páginas republicanas, le dedicaba un epitafio que decía:

“Un marido complaciente
yace en esta tumba fría,
del cual afirma la gente
que nunca estuvo al corriente
de los hijos que tenía”²⁸.

Los revolucionarios, especialmente los republicanos, trataban de quitar legitimidad a la descendencia de Isabel II, e incluso recordaron a Godoy como supuesto padre del infante Francisco de Paula, tío de la reina. La promiscuidad de Isabel II se convirtió en un tópico, en un objeto de chiste. Un articulista del *Gil Blas* escribió que él podía hablar “con entera imparcialidad porque creo que soy el único español que no ha merecido [los] favores” de Isabel II²⁹. Su condición de mujer hizo más grave para los republicanos su promiscuidad. Era “una reina que ni en la vida pública, ni en la privada, supo respetar su dignidad de reina de un gran

²⁸ . *Gil Blas*, 24 diciembre y 8 octubre 1868.

²⁹ . *Gil Blas*, “Los bufos Borbón”, 1 octubre 1869.

pueblo a quien tantos respetos y consideraciones debía, ni el decoro de hija, esposa y madre”³⁰.

Los Borbones se convirtieron, entre 1869 y 1873, en personajes de periódico satírico. Era la caricatura de la reina gorda y viciosa, el rey consorte homosexual y consentidor, los espadones, la monja milagrera, el monseñor del “libro pornográfico”³¹, y una familia peleando constantemente. Las caricaturas del barcelonés *La Flaca*, o las de Ortego en *El Siglo Ilustrado*, mostraban a una Isabel II gorda, apesadumbrada, normalmente rodeada por Alfonso – siempre vestido de militar-, González Bravo, Marfori, sor Patrocinio y Claret³². La descripción esperpéntica la hacía el republicano Manuel del Palacio:

“¿Quién no conoce al pinche de cocina
[Marfori]
y al fraile salteador [m. Claret],
y al pobre ratoncillo de oficina [Meneses]
y al femenil señor? [Francisco de Asís]
¿Quién no conoce de la monja lacia [s.
Patrocinio]
el torpe frenesí?
¿Y quién, Isabelita, por desgracia,
no te conoce a ti?”³³.

La Familia Real se convirtió en objeto de burla popular. En una hoja suelta que circuló por España titulada *Vida y milagros de Isabel de Borbón*, en forma de romance de ciego comenzaba: “Gordito como un melón/ Nació Isabel de

³⁰ . F. Garrido, *Historia del reinado del último Borbón*, Barcelona, Salvador Manero, 1869, I, p. 53

³¹ . En 1857 monseñor Claret publicó *Llave de oro, o serie de reflexiones que para abrir el corazón cerrado de los pobres pecadores ofrece a los confesores nuevos*, en el que relataba minuciosamente las relaciones sexuales para que los sacerdotes supieran cómo comportarse en el confesionario ante esos pecados. El libro se reimprimió en 1860 y 1904.

³² . *La Flaca*, 21 abril, 10 y 31 julio, 21 y 28 agosto 1869; *El Siglo Ilustrado*, 4 octubre 1868.

³³ . *Gil Blas*, 11 octubre 1868.

Borbón./ Antes de empezar a hablar/ Ya pensaba en fusilar./ Tan bellas disposiciones/ Son propias de los Borbones”³⁴. Los republicanos habían difundido la imagen de la Monarquía unida a la de Isabel II, una reina que, según el *Gil Blas*, “no ha contribuido poco con el ridículo a que caiga eso”. El resumen de la imagen era el subtítulo de la obra de Fernando Garrido *Historia del reinado del último Borbón*: “De los crímenes, apostasías, opresión, corrupción, inmoralidad, despilfarros, hipocresía, crueldad y fanatismo de los Gobiernos que han regido a España durante el reinado de Isabel de Borbón”.

Historiadores republicanos en la Restauración

La interpretación que la historiografía republicana durante la Restauración hizo del reinado de Isabel II, y el juicio a su persona, fueron encaminados en un doble sentido. El primero era denunciar, a su juicio, la grave separación que existía entre los intereses del pueblo y los del Trono. El segundo consistía en ilustrar este principio denunciando la vida privada de Isabel II, con el ánimo de desautorizar sus decisiones públicas, y mostrar la Monarquía como una forma de gobierno inmoral y corrupta en manos de los poderosos. El corolario a todo esto era el que la República era la forma que más encajaba con la identidad, sentimientos y moralidad del pueblo. La tarea de los historiadores y publicistas republicanos encontró la predisposición de una parte de la población española a creer, terminando el XIX, en la imagen negativa de la reina, y, además, por las numerosas anécdotas que Isabel II proporcionó, en su vida cotidiana, para ilustrar el mensaje republicano³⁵.

³⁴ . Archivo Histórico Nacional, Diversos, Títulos y Familias, Archivo Reina Gobernadora, 3.458, leg. 297, exp. 1, doc. 12.

³⁵ . Era aquella dedicatoria de Fernando Garrido a Isabel II, en su obra *Historia del reinado del último Borbón*: su actuación había sido el mejor agente republicano en España. También, con evidente exageración, Emilio Castelar había escrito que su comportamiento había conseguido “la completa extinción del sentimiento monárquico en el pueblo español”. E. Castelar, *Historia del movimiento republicano en Europa*, Manuel Rodríguez, 1874, II, p. 42.

El mito del Trono contra el pueblo lo siguieron alimentando los republicanos, en consecuencia, con las valoraciones del reinado isabelino. Ángel Fernández de los Ríos, antiguo progresista, pasado al republicanismo zorrillista a partir de 1875, denunciaba que la Era de Isabel II llevó “a España a la decadencia”, y su corte y políticos habían sido “los autores del rebajamiento moral, de la postración material y de la inferioridad en que estamos con relación a otros pueblos”. El Trono no fue más que “un instrumento dócil en manos de su madre –María Cristina- y de la oligarquía moderado-absolutista”, que para dominar la voluntad de Isabel II convirtieron “el palacio de Oriente en un campo de Agramante, y en alguna cosa más”³⁶. España sufrió un régimen semiabsolutista y teocrático, contrario a los intereses del pueblo.

La persona que encarnaba el Trono debía aparecer no solamente como un títere de la “oligarquía”, sino representante de unas costumbres privadas inmorales, propias de cualquier Rey. Isabel II aparecía así antiliberal e inmoral. “Sus iniquidades –escribía un republicano- son tantas como sus amantes”³⁷. La promiscuidad de la reina permitía a los republicanos hablar de la ilegitimidad de sus hijos y, en consecuencia, de la Casa de Borbón de España. Isabel II había sido “madre de varios hijos de diferentes padres”. No se trataba únicamente de denunciar la ilegitimidad, sino la indignidad de su concepción, el reflejo de una vida inmoral, y la influencia de los favoritos en las decisiones de la reina.

Los “validos”, escribía el republicano García Ruiz, “se sucedían rápidamente unos tras otros en la Real Morada, dejando hoy su puesto el que le ocupaba para que entrase

³⁶ . A. Fernández de los Ríos, *Estudio histórico de las luchas políticas en la España del siglo XIX*, 1879-1880, vol. I, p. XI; y vol. II, p. 227

³⁷ . E. Rodríguez Solís, *Reseña histórica de las monarquías españolas*, prólogo de Roque Barcia, Manero, Barcelona, 1869, pp. 91-92

otro, y luego ser este a su vez sustituido: [...], y era tal la corrupción, que la fama pública pregonaba que una palaciega llamada *Muesa* estaba encargada de buscar hombres de ciertas condiciones físicas, [...], que pudieran satisfacer inmundas liviandades” de la reina. A esto, García Ruiz unía la presunta homosexualidad del rey Francisco de Asís, quien, según decía, buscaba a sor Patrocinio para sus juegos amorosos. Isabel II y su corte “representaban las mil monstruosidades y lúbricas hediondecas que hacían exclamar con tristeza al observador: ¡desgraciado país!”³⁸.

La idea era que las costumbres privadas inmorales de la reina condicionaban sus decisiones públicas, por lo que se rodeó de una corte de interesados y consentidores³⁹. Los republicanos les definían como hombres faltos de patriotismo, de “ciencia de gobierno” y sensatez. Esto hundió, escribió un radical, la educación, la ciencia, la economía, el progreso y la libertad⁴⁰. Los republicanos señalaban a cuatro favoritos como instrumentos de los partidos, de la corrupción y de la inmoralidad: a Enrique Puigmoltó (supuesto padre de Alfonso XII), a Tirso Obregón y Miguel Tenorio (presuntamente a sueldo de los partidos unionista y moderado), y a Carlos Marfori (sobrino de Narváez). A este último, Blasco Ibáñez le definía como a “una especie de chulo endiosado, poseedor de ocultas prendas que enloquecían a la reina”⁴¹. La conducta inmoral alcanzaba al rey consorte, al que los republicanos relacionaban con Meneses. El escritor Manuel Villalba Hervás se burlaba diciendo: “para que

³⁸ . Eugenio García Ruiz, *Historias*, A. Bacaycoa, Madrid, 1878, II, pp. 658-659.

³⁹ . Sobre esta cuestión insistía el catedrático de Historia, masón y republicano Miguel Morayta en el tomo VIII de su *Historia general de España, desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, Madrid, Felipe González Rojas editor, 1897.

⁴⁰ . Manuel Henao y Muñoz, *Los Borbones ante la revolución*, Madrid, R. Labajos 1868, I, pp. 7-8.

⁴¹ . V. Blasco Ibáñez, *Historia de la revolución española. Desde la Guerra de la Independencia a la Restauración en Sagunto, 1808-1874*, Barcelona, La Enciclopedia Democrática 1892, III, p. 347

nuestros lectores nos entiendan mejor: D. Francisco era a Meneses lo que doña Isabel a Tenorio”⁴².

La inmoralidad iba acompañada de crueldad, como una muestra, también, de ese desprecio del Trono al pueblo. Los historiadores republicanos insistían en los fusilamientos de los confabulados en la insurrección del cuartel de San Gil, el 22 de junio de 1866, como una muestra del carácter sanguinario de la reina. Todos repetían aquella sentencia de O'Donnell, presidente del gobierno ese año: “No ve esta señora que la sangre le llegará a la alcoba”. Isabel II había alentado esas muertes, con lo que se convirtió en la continuación del represor Fernando VII. Los republicanos querían así romper la imagen de la reina amante de los españoles: era un Borbón, una reina, y, por tanto, indiferente al dolor del pueblo y alentadora sanguinaria de sus sentimientos de libertad. El pimargalliano Vera y González sentenciaba con ironía: Isabel II “se mostraba implacable con los enemigos del Trono: la sola idea de que hubiese en España quienes osaran pensar en lanzarla del centro de las orgías, de las disipaciones y de los escándalos, ponía fuera de sí a tan ejemplar mujer y bondadosa reina”⁴³.

Al antiliberalismo, inmoralidad y crueldad, los republicanos le añadían al Trono la ingratitud. Como las anteriores imágenes de la Reina, ésta procede de la revolución de 1868, pero lo republicanos se la apropiaron y la reprodujeron con gran eficacia. El pueblo la había amado, confiado en que su nombre fuera ligado al progreso y libertad de España, dio su sangre y hacienda en la guerra civil para mantenerla en el

⁴² . M. Villalba Hervás, *Recuerdos de cinco lustros: 1843-1868*, Madrid, Imprenta La Guirnalda, 1896, p. 228.

⁴³ . Enrique Vera y González, *Pi y Margall y la política contemporánea. La democracia federal, su origen, su historia, sus hombres, sus destinos. Medio siglo de doctrinarismo en España. La política de programa y la política real*, Barcelona, La Academia, 1886, I, p. 578

Trono, pero ella le pagó con desprecio y crueldad. Era lo propio de las Monarquías, sentenciaban⁴⁴.

La valoración republicana del reinado de Isabel II, de sus progresos y limitaciones, contenía una interpretación de la historia de España. Fernández de los Ríos utilizaba la contraposición entre la nación y el Trono como el motor histórico español. La historiografía republicana de la Restauración estuvo dominada por los pimargallianos. Ya el propio Francisco Pi y Margall, en *Las Nacionalidades* (1876) hacía una interpretación de la historia medieval y moderna de la configuración de España, para concluir en la federación republicana de nacionalidades como la propia del país. Vera y González, Sánchez Pérez, Blasco Ibáñez, Villalba Hervás y Rodríguez Solís entre otros siguieron el modelo de Pi. Este último decía que la historia de España era una “lucha” entre el Trono, la aristocracia y la Iglesia contra el pueblo, unos para conservar sus privilegios, otros para conseguir la libertad. El partido republicano era el único, concluía, que luchaba por la libertad y la democracia, con lo que la historia del pueblo español era la historia del partido republicano. Los republicanos eran, decía, el pueblo⁴⁵.

Los historiadores monárquicos, tan leídos como los republicanos, y copiados, como Antonio Pirala, Bermejo o Juan Valera, hicieron un juicio similar en el fondo. Había sido una reina inepta, maleducada y adúltera, pero sobre todo desgraciada porque no tuvo a su lado nadie que la educara o amara. El mismo García Ruiz terminaba diciendo que “por todo lo que acabamos de sentar, no puede Isabel II inspirar odio al historiador, sino lástima”. Se sentó así la imagen de la reina de los tristes destinos. Una expresión de

⁴⁴ . Este juicio en Carlos Rubio, *Historia filosófica de la revolución española de 1868*, Miguel Guijarro, Madrid, 1869, I, pp. 50-53; F. Garrido, *op. cit.*, 1869, I, p. 34; Leopoldo de Alba Salcedo, *La revolución española en el siglo XIX*, Madrid, 1869, p. 121; y Emilio Castelar, *op. cit.*, 1874, II, p. 28.

⁴⁵. Enrique Rodríguez Solís, *Historia del partido republicano español. De sus propagandistas, de sus tribunos, de sus deseos y de sus mártires*, Madrid, Fernando Cao y Domingo de Val, 1892-1893, 2 vols.

origen shakesperiano, que utilizó en 1865 el neocatólico Aparisi y Guijarro por primera vez para referirse a la reina, que luego utilizó profusamente la prensa en 1904 –año de su muerte- y tres años después popularizó Galdós. Así, cuando murió Isabel II, en abril de 1904, la prensa republicana recibió la noticia recordando el modelo interpretativo generado por la historiografía pimargalliana, y fortaleciendo el mito del Trono contra el pueblo. La Monarquía española, decían, había generado una España que “llegaba retrasada cincuenta años en todo orden de progreso” al resto de Europa. El Trono se había aliado con el Altar, en contra del interés del pueblo, para someterlo⁴⁶.

El ruedo ibérico

La crisis del régimen de la Restauración, a comienzos del XX, conllevó el crecimiento de la alternativa republicana⁴⁷. Los republicanos recuperaron toda la simbología y el discurso político de 1868, pero ahora contra Alfonso XIII. Los republicanos identificaban a la monarquía borbónica como el origen de la inmoralidad, corrupción y decadencia de España. La República se presentaba como la forma de gobierno democrática que traería la prosperidad y la moralidad, el reencuentro con la dignidad española. Pero, además, la exaltación de la República suponía la denuncia de los males que, a juicio de los republicanos, habían causado los Borbones a España. Una Dinastía tildada con los mismos defectos: crueldad, ingratitud, corrupción, inmoralidad, perversión y antipatía por la libertad del pueblo⁴⁸. Los

⁴⁶ . *El País*, 10 abril; *La Ilustració catalana*, 17 abril; *El motín*, 23 abril. *El Nuevo Régimen* y *El Socialista* no dieron la noticia. El tema lo he tratado en “La prensa española ante Isabel II. Dos momentos: 1868 y 1904”, ponencia presentada al Congreso “España entre Repúblicas. 1868-1939”, VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos, Guadalajara, 15-18 de noviembre de 2005. En curso de publicación.

⁴⁷ . Véase Manuel Suárez Cortina, “Demócratas y republicanos entre dos repúblicas, 1874-1931”, *Cuadernos republicanos*, núm. 54, 2004, pp. 43-74.

⁴⁸ . Morgan C. Hall analiza la imagen de Alfonso XIII desde estos mismos parámetros: la positiva –del deportista al gentleman- y la negativa –mujeriego, corrupto y actor político-. Es esta última faceta la que resto afecto a la Monarquía a

republicanos utilizaron la figura de Isabel II, como ningún otro Borbón, para ejemplificar su interpretación histórica y su propuesta política.

Valle-Inclán recreó la imagen negativa de Isabel II, fuera del ejercicio literario, con una intencionalidad política: atacar la Monarquía de Alfonso XIII descalificando a los Borbones y al liberalismo del XIX⁴⁹. En su obra *Farsa y licencia de la reina castiza* (1922) ya está completa su interpretación de la Era isabelina, la imagen de Isabel II, Francisco de Asís, la corte, los políticos y los amantes de la reina, y de otros personajes como sor Patrocinio y monseñor Claret, perfectos para el esperpento⁵⁰. Valle sentía entonces fascinación por el anarquismo y las revoluciones bolchevique y mexicana. Sus fuentes, comparando las anécdotas y figuras, fueron la historiografía republicana, los folletos obscenos que se publicaron en el Sexenio y la prensa satírica, como el *Gil Blas*, *El Papelito* o *La Flaca*. La consecuencia es que en su obra aparecen todos los tópicos acerca del Ejército, la Iglesia, la oligarquía y la Monarquía como partes de un sistema corrupto e inmoral para la explotación del pueblo, que mantenía retrasada a España respecto al resto de Europa. En el ataque a “lo existente” no bastaba con desautorizar las

una parte importante de los españoles. “El rey imaginado. La construcción política de la imagen de Alfonso XIII”, en J. Moreno Luzón (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons Historia, Madrid, cap. 2, pp. 59-82.

⁴⁹ . Cuando apareció en 1922 su obra *Farsa y licencia de la reina castiza*, Valle envió un ejemplar dedicado a Alfonso XIII que decía: “Señor: tengo el honor de enviaros este libro, estilización del reinado de vuestra abuela Isabel II, y hago votos porque el vuestro no sugiera la misma estilización a los poetas del porvenir”. J. L. Gordillo Courcières, *Todo el siglo es carnaval*, El Museo Universal, Madrid, 1993, p. 69.

⁵⁰ . La trama consiste en que una corte de interesados especula con las cartas de amor de Isabel II a Puigmoltó, el supuesto padre de Alfonso XII. Denunciada la paternidad espuria y, por tanto, la falsedad de la Dinastía, Valle-Inclán relata el intento del rey consorte por encontrar *in flagranti* a su esposa con Puigmoltó. La escena termina con la muerte de Urbiztondo, ayudante del rey, a manos de Narváez, a las puertas de la habitación donde estaba la reina con su amante. Isabel, mientras tanto, ajena a todo lo que no fuera su propio placer, “se divierte disfrazada de manola en bailes populares”. Una buen estudio sobre la obra de Valle es el de L. Schiavo, *Historia y novela en Valle-Inclán. Para leer “El ruedo ibérico”*, Editorial Castalia, Madrid, 1980.

decisiones políticas o públicas de los reyes, sino que había que hacer lo mismo con sus vidas privadas, pues tenía que presentarlos como indignos de reinar, y como los primeros responsables de los males del país. La conclusión era que el Trono vivía contra el pueblo, de espaldas a sus intereses y necesidades⁵¹.

Valle-Inclán concibió *El ruedo ibérico* como la descripción de la tragedia española, del teatro bufo en el que España, en su opinión, se había convertido. Eran unos nuevos *Episodios* galdosianos, más politizados y caricaturescos. Valle comenzó en 1925 la publicación de su obra *El ruedo ibérico* por episodios. Dos años después, veía la luz la primera edición de *La corte de los milagros*, y al año siguiente *Viva mi dueño*, que son las novelas que recrean la imagen de Isabel II⁵². La reina Isabel era descrita por Valle como una mujer gorda, fofa, mal vestida, falta de inteligencia, inepta, grosera y conducida por un “furor uterino”. Francisco de Asís era para Valle “Pacomio”, “Paquita” o “Paquito Natillas”. Un personaje ridículo, de “pulcra insignificancia”, con “pulida monada” y una voz “de merengue”, “tiples de marioneta”, que se movía como un “bailarín de porcelana”. Su supuesta homosexualidad no se le escapó a Valle, de la que hizo reiterado escarnio. El entorno de Isabel II y Francisco de Asís era gente al “botín de las bandas, de las grandes cruces, de los títulos de Castilla. Amaban el besamanos y los enredos de antecámara”, “camarillas” protegidas por el amante de turno, la “monja milagrera”, sor Patrocinio, o monseñor Claret, la “frailuna eminencia”. La corrupción era lo propio de

⁵¹ . Es probable que Valle-Inclán tuviera un concepto de “pueblo” distinto al de los hombres del 68, que lo identificaba más con nación y raza; mientras que Valle pudiera entender “proletariado”. Véase a este respecto José Álvarez Junco, “En torno al concepto de “pueblo”. De las diversas encarnaciones de la colectividad como sujeto político en la cultura política contemporánea”, *Historia contemporánea*, 2004 (I), núm. 28, 83-94.

⁵² . Estas dos, junto a *Baza de espadas* —que cerraba la trilogía de la primera serie— se publicaron después por entregas y con variaciones que Valle introdujo, en el periódico *El Sol*, entre el 20 de octubre de 1931 y el 19 de julio de 1932; Alison Sinclair, *Valle-Inclán's Ruedo Ibérico. A popular view of revolution*, Tamesis Book Limited, London, 1977.

militares, aristócratas y religiosos, sin que el “honrado pueblo”, decía Valle en tono de reproche, se levantara contra ellos. El esperpento de *El ruedo ibérico* fue eficaz, persistente y exitoso; y encontró eco porque, aparte de su fuerza literaria, tenía una evidente intención política crítica. No hubo una imagen positiva de la Era isabelina que literato, historiador, ensayista o político recreara para contrarrestar la difundida por Valle-Inclán⁵³. Así, proclamada la República en abril de 1931, historiadores y escritores, ahora a favor de corriente, continuaron el esperpento isabelino de Valle con la misma intencionalidad política⁵⁴. Denostar a la Monarquía ya era parte de la cultura política republicana, y la figura de Isabel II fue utilizada para fortalecer la identificación de la República con la negación de la inmoralidad, corrupción, crueldad y atraso que, a su entender, caracterizaba la forma monárquica de gobierno.

La II República se quiso ver, al igual que todo cambio de régimen, como la culminación de la historia de España, y el comienzo de la regeneración. Era la segunda vez que se expulsaba a los Borbones, lo que suponía una confirmación histórica de la imposibilidad de la Monarquía, y de la verdad de los principios republicanos. Las señas de identidad de la cultura política republicana cobraron más significación que nunca, y entre ellas sus símbolos y mitos. Esa parte del imaginario político republicano iniciado en 1854, fortalecido en el Sexenio, fue la base del nuevo simbolismo

⁵³ . La única obra que mostraba una Isabel II distinta fue la de Carlos Cambronero, *Isabel II, íntima* (1908), siguiendo el modelo interpretativo de la “reina de los tristes destinos” –esta cuestión la trato en mi libro *El mito de Isabel II. Política e imágenes de una reina* (en curso de publicación por editorial Síntesis en la colección “Nuestro Ayer”)-.

⁵⁴ . Ni Pío Baroja se libró de la influencia de los tipos creados por Valle-Inclán. En *Crónica escandalosa y Desde el principio al fin*, ambas publicadas en 1935, en la serie *Memorias de un hombre de acción*, se repiten los esperpentos. Baroja hace especial referencia al rey consorte –“Dicen que ese Francisco de Asís es mariquita” (“Crónica escandalosa”, *OOCC*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1984, IV, p. 991)-, limitándose en el caso de la reina a describirla como una adúltera descarada.

republicano⁵⁵. Tomada Isabel II como ejemplo del mito del Trono contra el pueblo, la literatura política respondió con varias publicaciones que repetían el modelo del Sexenio y la modernización del mismo que realizó Valle-Inclán. Aquellos republicanos de los años 30 no insistieron en el mal reinado, en la indignidad de Isabel II para reinar o en los errores políticos. Su pretensión era acentuar la contraposición entre el pueblo y el Trono encarnado en Isabel II, basada en una vida inmoral.

Entre las publicaciones de aquellos años merece la pena señalar algunas, bien como muestra del tono general o por su influencia posterior para la interpretación de Isabel II y de su reinado. Gonzalo Reparaz (hijo) publicó *Los Borbones en España. Historia patológica de una dinastía degenerada* (1931) en la que se repiten los tópicos de la vida adúltera, la ineptitud, la corrupción, la riqueza a costa del pueblo y la crueldad. Aquel Trono había levantado un régimen en el que “lo fundamental de los asuntos de Estado giraba alrededor de cuestiones religiosas o sexuales”⁵⁶. La obra de Manuel Ciges titulada *España bajo los Borbones, 1701-1931*, insistía en la ilegitimidad de los hijos de Isabel II, hablaba de un rey consorte al que los españoles llamaban “Paquita, y con eso está dicho todo”; y repetía los clisés sobre la camarilla –a la que llamaba “beatocracia”-⁵⁷. Un tal Diego San José, posiblemente un seudónimo, publicó *Vida ejemplar de Isabel II. La reina alegre y desaprensiva*, donde presenta a una Isabel II con un temperamento “morbosamente lúbrico” que tuvo “infinitos amantes”, y a Francisco de Asís como un “hombre” burlado, y San José sentencia: “¿he dicho hombre?

⁵⁵ . Manuel Suárez Cortina explica las diferencias entre el viejo y el nuevo republicanismo en el salto del XIX al XX, en “La quiebra del republicanismo histórico, 1898-1931”, Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza Universidad, 1994, pp. 139-163.

⁵⁶ . G. de Reparaz, *Los Borbones en España. Historia patológica de una dinastía degenerada. Prólogo de Gonzalo de Reparaz (padre)*, Javier Morata, Madrid 1931, p. 259.

⁵⁷ . M. Ciges Aparicio, *España bajo la dinastía de los Borbones, 1701-1931*, M. Aguilar editor, Madrid, 1932, pp. 284-323.

¡Bueno, dejémoslo ya por no hacer tachaduras!”, que no es más que el “regio esperpento”, el “augusto mequetrefe”⁵⁸.

Mención especial merece Pedro de Répide, que publicó *Isabel II, reina de España* (1932)⁵⁹. Más antiborbón que republicano, Répide llenó su libro de descalificaciones groseras y sexistas, con las anécdotas más tópicas y las descripciones más negativas que se hallan en los estudios de García Ruiz, Morayta y Villalba Hervás, en ocasiones en el mismo orden y con parecidas palabras. Isabel II, repetía Répide, no tenía la educación política adecuada para desempeñar su cargo, porque la reina María Cristina no se la proporcionó y porque no interesaba a los que pretendían manejarla. El Trono, así, se convertía en un instrumento degradado para que otros dominaran el país. Ajena a las necesidades del pueblo, Isabel II se comportó como cualquier Borbón: con crueldad, egoísmo, lujuria, “feliz en su inconsciencia”. Répide describió un Trono ensimismado en la degeneración junto a un pueblo sufridor.

Conclusión

Los republicanos utilizaron la imagen de Isabel II, más que la de ningún otro rey –incluidos Fernando VII o María Cristina– para recrear el mito del Trono contra el pueblo. La razón fue que encontraron en su vida y su reinado los ejemplos suficientes como para sostener las características de dicho

⁵⁸ . Diego San José, *Vida ejemplar de Isabel II. La reina alegre y desaprensiva*, Madrid, Biblioteca para el pueblo fundada por la Editorial Castro, núm. 8, s. a., pp. 51 y 119. El libro de San José son unas falsas memorias de una dama de la corte de Isabel II.

⁵⁹ . Répide era un tipo algo estrafalario que se decía hijo del marqués de Alcañices y de la propia Isabel II. Lo cierto es que fue su bibliotecario en París durante algún tiempo. Algo debió pasarle a Répide para escribir ese libro en 1932, porque el 10 de abril de 1904 dio a *El Globo* un artículo reseñando la muerte de Isabel II. Entonces la reina le pareció una “dama española, toda bondad, toda corazón”, que fue víctima de la “ingratitude de muchos, la deslealtad de algunos, la traición de los más obligados a servirla”. La “más amada de las Reinas, y la más calumniada de las mujeres” tuvo un “triste destino”, “no por errores o flaquezas o pecados propios, sino por la osadía y ambición de sus consejeros”.

mito. Me refiero a la contradicción entre los intereses, deseos y preocupaciones del pueblo, y los del Trono; a los valores morales populares y a los demostrados por la Corona; a la pobreza que sufría el pueblo frente a la ostentación y corrupción de la Dinastía y las camarillas; al ansia de libertad y progreso de los españoles, y la “natural tendencia” al absolutismo, a la represión cruel propias del Trono. La recreación de una imagen negativa de la vida y reinado de Isabel II les permitió concluir que la Monarquía era una forma de gobierno inadecuada, espuria en suelo español; ante una República que simbolizaba el progreso, la moralidad y el gobierno del pueblo. El mito del Trono contra el pueblo reforzaba así el mitologema liberal radical, o republicano, que ubicaba la Edad de Oro en la Edad Media, los fueros municipales o los Comuneros; la Decadencia con la Monarquía absoluta y los Borbones traidores a la nación; y la Redención en la República. La imagen que recrearon de Isabel II sirvió, precisamente, para demostrar las causas de la “Decadencia”, y contraponer un proyecto político de “Redención”. La cuestión es si la fuerza y eficacia movilizadora de los mitos políticos es capaz de sustituir a la elaboración y difusión de una alternativa política constitucional.